

## John Horgan cargando a Stephen Hawking

Del arco a la glorieta habría treinta pasos.  
La enfermera me dijo que lo llevara en brazos  
—*lo llevé entre mis brazos*: afirmación sencilla  
por neuromitológica. La senda amarilla  
del otoño en Uppsala nos devolvió a Sevilla.

Pesaba mucho menos —comprobé anonadado—  
que la Nada, que el cuenco de las hojas caídas;  
que un jabón de Castilla envuelto en hojas pálidas  
de diarios irlandeses. Incluso mucho menos  
que un *Die Naturwissenschaften* viejo. La barbilla

reposaba en un nudo de corbatas y pelo.  
La ráfaga de viento —ronroneaba la silla  
eléctrica a lo lejos y parpadeaban cifras  
de una ecuación hebraica— descongelaba el hielo.

Volvió los ojos claros a lo alto del cielo.  
La pantalla y el cuello marcados con un sello.  
Abrió la boca amarga y me escupió la manga  
y se mordió la lengua. Descorrimos el velo.

Atravesando el vado con el muñeco amado  
como gris San Cristóbal en cósmica capilla  
llegamos a la fuente del hueco perforado  
en la tela del tiempo. Llegamos a la silla.

La enfermera me dijo: su risa es el regalo  
de un demiurgo baldado, de un dios de pacotilla.  
Tomamos CocaCola y comimos tortilla  
mientras el firmamento lloraba, descifrado.